

Estoy justificadamente, sin remordimientos, indignada.
Indignada de que el Opus Dei exista, una reliquia de
crueldad sin cabida en este mundo.

Atraída por la promesa de un curso de hostelería, Anne Marie Allen fue reclutada por la secreta organización católica a los 15 años. Pasó los siguientes siete años como esclava doméstica, viviendo una vida de automortificación y servidumbre. Aquí, habla de lo que realmente ocurrió tras las rejas y del trauma y la vergüenza que le dejaron.

Tanya Sweeney

Sábado 14 de junio de 2025

Anne Marie Allen me muestra exactamente en qué parte del muslo superior usaba su cilicio —una cadena de metal con eslabones puntiagudos— durante dos horas al día. Cuanto más arriba y ajustado lo llevaba, mejor.

“Cuanto más suelto estaba, más raspaba [la piel], así que era más fácil atarlo bien fuerte y luego hacerle un nudo doble o triple”, explica. “Y luego te azotabas el sábado, al son del *Salve Reina* en latín. Pasabas por los dormitorios y oías a la gente hacerlo. Y eso era normal”.

Durante siete años, Allen, que ahora tiene 62 años, trabajó en el Opus Dei (y posteriormente se hizo miembro de él), una asociación de la Iglesia católica que cuenta con casi 94.000 miembros, tanto laicos como clérigos, en todo el mundo. Aunque es difícil establecer cifras exactas, se cree que unos 800 de estos miembros residen en Irlanda.

Allen, que a los 15 años se unió al curso de formación residencial de dos años en una escuela de hostelería dirigida por el Opus Dei en Tuam, Co Galway, se convirtió en numeraria asistente (el término utilizado para quienes forman parte del personal permanente de la organización) cuando todavía era adolescente.

Descrito por algunos como una rama ultraconservadora y elitista dentro de la Iglesia, la filosofía del Opus Dei es que todos tienen el potencial de ser santos. Sus miembros aspiran a amar a Dios y a esforzarse por hacer el bien en su vida diaria.

Allen sostiene que esto está lejos de ser así.

“El Opus Dei promueve la idea de vivir la santidad en el trabajo cotidiano, y creo que la idea básica es bastante buena”, dice hoy Allen.

Creo que eso fue lo que me atrajo: que sería una buena persona en mi trabajo. Pero no es en absoluto lo que resulta cuando entras en la organización.

En su libro *Serve*, Allen describe sus experiencias de vida en un centro del Opus Dei, trabajando largas horas en varios lugares, incluida la residencia de estudiantes de la organización en Galway, donde cocinaba, limpiaba y lavaba la ropa.

“No teníamos vacaciones anuales. No tenía llave de la puerta principal”, dice Allen. “Nos abrían el puesto y nos atendían las llamadas. Llevábamos uniforme”.

Finalmente, y con la ayuda de su padre, abandonó el Opus Dei y comenzó la ardua tarea de reconstruir su vida y procesar su paso allí.

La publicación del libro de Allen sigue a un informe trascendental publicado en el *Financial Times* en marzo de 2024. Fue una investigación importante que detalló las experiencias de varios ex numerarios asistentes de todo el mundo, incluido Allen.

Hoy, sentados en la cómoda casa de Allen en Portlaoise, que comparte con su hijo de 15 años y su perra Roxy, describe el Opus Dei como "catolicismo con esteroides". Está, como escribe en *Serve*, "con razón y sin complejos, indignada. Indignada de que el Opus Dei exista, una reliquia de crueldad sin cabida en este mundo".

“Durante muchos años, sentí una enorme vergüenza por lo sucedido y por el hecho de que yo era una de las personas seleccionadas [para convertirse en numeraria]”, afirma Allen.

Supongo que la naturaleza de la organización es que te avergüenza si no te sometes. Escribí el libro por varias razones, porque creo firmemente que debemos alzar la voz y denunciar este tipo de abuso religioso, principalmente contra niñas y niños.

Para comprender plenamente la historia de Allen, es fundamental remontarse primero a la Irlanda católica de la década de 1970. Allen creció parcialmente en el Reino Unido y regresó con su familia a Ballyvourney, en Cork, con dos hermanos menores y unos padres que asistían a misa con frecuencia, como la mayoría de la gente de su entorno. Allen era una adolescente típica que amaba la moda, el maquillaje, reunirse con amigos, la música y el baile. El catolicismo también tenía una gran influencia.

“Las chicas no se embarazaban fuera del matrimonio”, dice. “Una pariente mía decía que era pecado mortal tejer los domingos. Los domingos eran para escuchar partidos de fútbol en la radio, ir a misa y arreglarse”.

De adolescente, asistía al internado local como alumna externa y la contrataron en el hotel familiar local, donde demostró ser una gran promesa y disfrutó de la camaradería con el resto del personal. Fue allí donde decidió que quería cursar el Leaving Cert, mudarse a Londres —donde vivía su tía Bernadette, monja— y formarse como chef.

Otra joven que trabajaba en el hotel pronto se enteró de una oportunidad aún mejor a través de un anuncio en el periódico: estudiar en una escuela de hostelería en Galway. La perspectiva de formación gratuita y un salario modesto —5 libras a la semana—, junto con la oportunidad de mantener a Allen "libre de problemas" ("Irás directa al infierno si cometes pecados mortales con chicos", era un dicho común), despertó el interés de sus padres, al menos al principio. La enviaron allí con mucha buena fe, con la confianza de que estaría bien cuidada.

Dos mujeres (conocidas como "directoras") de la escuela de hostelería, una de ellas directora de curso, viajaron a Cork para reunirse con Allen y su familia, y fueron entrevistadas por separado. Se les explicó que no todas las que querían ingresar en la escuela necesariamente lo lograrían. Esto es lo que el padre de Allen llamaría más tarde el "inicio del bombardeo amoroso".

“Eran dos damas muy glamurosas, vestidas de gala, muy amables y muy interesadas en mí”, recuerda Allen. Ahora entiende que eran reclutadoras del Opus Dei. “Lo veo claro: yo era joven, vulnerable, con ansias de propósito: un blanco perfecto”, escribe Allen en el libro.

Le pregunto qué cree que vieron en ella los reclutadores de la universidad. "Creo que era impresionable", dice. "También era una trabajadora fantástica. Era idealista, pero físicamente fuerte. Me hicieron un reconocimiento médico a los 16 años para ver si era capaz de trabajar duro. De hecho, hace poco les pregunté a tres exmiembros [del Opus Dei]: '¿Por qué fui yo?'. Todos respondieron: 'Tu productividad'".

Al día siguiente de la elección del Papa Juan Pablo II en 1979, Allen y un grupo de adolescentes de la localidad viajaron a Tuam. Al principio, quedaron deslumbrados por lo que vieron en la Casa Ballyglunin. En los dormitorios, las estudiantes dormían en habitaciones de una, tres o cinco camas, pero nunca de dos (para evitar la posibilidad de actividad sexual).

Allen recuerda haber visto cubiertos exquisitos, manteles de lino y una hermosa vajilla en su primer día en el comedor del centro. En cambio, los llevaron al comedor estudiantil, mucho menos glamuroso.

Al día siguiente, les dieron de comer lo que había sobrado de la noche anterior: ésta era la política para las numerarias auxiliares y las alumnas.

“Era como dos mundos diferentes, bajo el mismo techo”, dice Allen. “Recuerdo que me impactó muchísimo”.

La jornada laboral era agotadora, y a menudo implicaba trabajar en un centro de conferencias y en el centro de estudiantes de Salthill, donde se alojaban los estudiantes varones del Opus Dei. «Iban a la universidad, así que estaban allí solo por cuestiones de alojamiento», dice Allen.

Les habrían dicho que no nos miraran, que no nos hablaran. Cuando limpiábamos, no se permitía la entrada a ningún hombre. Había un sistema de doble cierre a cada lado. Creo que el consenso general era que a los hombres les era mucho más fácil que a las mujeres. Pero habrían salido, trabajado muy duro y donado todo su sueldo al Opus Dei.

La escuela de hostelería, según Allen, era simplemente un caballo de Troya para reclutar jóvenes con el objetivo de unirse al Opus Dei como numerarias auxiliares. Allen pronto se animó a la idea de convertirse en «supernumerarias»: miembros a quienes se les permite casarse e integrar su trabajo en su vida familiar y profesional, a diferencia de las numerarias, que son célibes.

Aunque las chicas creían que estaban recibiendo formación para el trabajo, no pasó mucho tiempo antes que las amigas de Allen en el curso de catering sintieran que las cosas no eran lo que parecían.

“No había libros de texto ni currículo. No había profesores en la escuela que pudieran enseñar”, dice Allen. “No había constancia de que esto fuera una escuela, así que las señales de alerta empezaron a aparecer bastante rápido. Pero había dejado la escuela. Mi familia estaba furiosa porque mis padres me habían enviado allí, así que tenía mucho que demostrar. Volver a casa con el rabo entre las piernas no era una opción”.

Pronto se hizo evidente que muchos de sus amigos de la escuela de hostelería cuestionaban la validez de las titulaciones del curso. Algunos empezaban a hablar de marcharse. Un incidente fatídico lo cambió todo para Allen.

“Hubo algunos robos y, aunque no me acusaron de robar, [el personal que impartía el curso] me dijo: 'Te están señalando'”, cuenta.

Esto creó una brecha aún mayor entre ella y sus amigas. “No sabía cómo afrontarlo. Me decían: 'Estás robando. Si eso pasa, te echarán de aquí. No tendrás carrera, ni trabajo, nadie querrá saber nada de ti'. Casi me desplomo. Me dijeron que tenían una carta del párroco local diciendo que yo era una ladrona muy conocida en el pueblo”. En realidad, la carta de su párroco en Cork decía que provenía de una familia muy respetada.

“Fue entonces cuando las cosas cambiaron de verdad para mí”, dice. “Los que dirigían el curso se portaron muy bien conmigo. Me tocaban los trabajos más sucios, así que empecé a adularlos. En retrospectiva, probablemente fue el mayor error que cometí en mi vida”.

Allen consideró brevemente llamar a su familia y abandonar el centro por completo.

“Sé que mi padre se habría subido al coche y habría venido”, dice. “Era muy sindicalista, un hombre de procedimientos. Pero lo que pasó fue que empecé a preguntar: '¿De qué va el Opus Dei?'. Para adularlos. Entonces vieron que alguien

estaba interesado. Dividir y vencer era su estrategia. Nos llevaban a pasear para hablar de nuestros 'estudios'. Recuerdo que era muy coqueto, casi inapropiado”.

Cuando tenía 16 años, un sacerdote vino desde Dublín para hablar con ella sobre su incorporación al Opus Dei. Allen mencionó su deseo de llegar a ser supernumeraria.

Dijeron: "Bueno, piensa primero en ser numeraria auxiliar". De vez en cuando te hacían la pregunta [de ser supernumeraria].

Poco después, cuando tenía 16 años, Allen fue invitada a Roma a tomar los votos para convertirse en miembro del Opus Dei. Sus padres no tenían ni idea de nada y jamás sabrían que había hecho esos votos.

“De verdad pensé que iría al infierno si no [hacía los votos]”, dice Allen con sencillez. “Mi madre estaba enferma en ese momento y sinceramente sentí que no mejoraría si no lo hacía. Me dijeron que me llevaría a toda mi familia al infierno conmigo. Era una creencia muy arraigada, que te lanzaban constantemente. Cuando eres adolescente, eres vulnerable de esa manera”.

Se animó a Allen a contarles a sus amigos y familiares que le preguntaban que le pagaban 17 libras al mes, pero que ese dinero se destinaba a comida y alojamiento. Nunca, afirma, recibió una nómina ni dinero en efectivo mientras estuvo allí.

Pronto, los días de Allen como numerario asistente fueron muy diferentes. Además de trabajar con un nivel de exigencia aún mayor, otras actividades ocupaban gran parte de la jornada. «Estaban completamente ocupadas con la parte religiosa de la misa, la misa en latín, meditaciones dos veces al día, lectura espiritual y quince barajas completas del rosario». Estas actividades se conocían como «las normas».

“También había que hacer mortificaciones”, añade, refiriéndose al cilicio y al látigo. La mortificación, que los practicantes suelen describir como un período de reflexión, también implicaba prescindir de la almohada y dormir en el suelo una vez a la semana. “Es la práctica de infligir deliberadamente dolor o malestar extremo al cuerpo para reprimir los deseos personales. No había tiempo para pensar ni para tomarse un respiro”.

¿Le aportó algo este trabajo espiritual? «No creo», dice. «No creo haberlo entendido».

El trabajo que implicaba la vida allí era físicamente agotador y comenzó a experimentar varios problemas de salud. Allen admite que tenía poca comprensión de su propio cuerpo y dice que no le permitían mirarse. "Si estabas en la ducha y te enfrentabas a un espejo, tenías que cubrirte con una toalla.

Supongo que vivir bajo obediencia total en el Opus Dei, y también después durante un tiempo, hasta que finalmente me fui, significó un miedo constante —añade—. Siempre en alerta máxima. Sin poder relajarme jamás. Cada

pensamiento, acción o vacilación era juzgada por las numerarias. Vivía nerviosa, temerosa de disgustar a mis directores. Sin espacio para la libertad personal ni la paz.

Al mismo tiempo, el padre de Allen intentaba animarla a irse de Galway y regresar a casa. Ella comenta que le disuadieron de escribir o llamar a su familia en Cork con demasiada frecuencia.

“Me dominaron muchísimo, aunque por dentro me estaba desmoronando. Estaba muy angustiada”, dice. “Papá me decía: 'Necesito que vuelvas a casa'. Bajo pura presión, me permitieron volver, pero seguía volviendo. Pensé que me iría al infierno”.

Solicitó visitar su hogar en noviembre de 1983, y la solicitud le fue concedida con la condición de que su padre escribiera una carta al Opus Dei indicando que no la recibiría. Posteriormente, la acompañaron miembros de mayor rango de la organización en la visita.

Papá dijo: "Se queda, no iré a ninguna parte". Y ellos respondieron: "Pero escribiste una carta diciendo que no te la quedarías". Y él respondió: "Lo que escribí fue: 'No intentaré quedármela', pero me la quedo". Al final, regresó a Galway.

El ciclo finalmente se rompió y Allen abandonó el Opus Dei el 19 de marzo de 1985.

Regresó a Cork a los 21 años, en lo que ella describe como una "luna de miel". Los lugareños, recuerda, la recibieron con los brazos abiertos.

“La gente era mucho más amable de lo que decía el Opus Dei”, dice. “Disfrutaba aprendiendo a leer periódicos, a escuchar la radio cuando quería; no me cansaba de leer libros de cocina, comprar ropa y peinarme. Cosas normales como esas”.

Allen también salió de fiesta con sus amigos, por primera vez en su vida adulta. Tras años de aislamiento y celibato, también le costó acostumbrarse. "Porque la gente también sabía de dónde venía", dice. "Vestí de forma muy conservadora, muy diferente a los demás. Una amiga me describió como una jovencita", dice. "Decir eso me hace sonreír ahora, pero también me duele. Las chicas con las que iba al colegio se estaban casando y teniendo hijos".

La luna de miel no tardó mucho en terminar. Volver a vivir en casa familiar, como era de esperar, requirió un cierto grado de readaptación. "Viví muchos años con depresión, TEPT, ataques de pánico y un profundo aislamiento social", dice. "Y siempre con intensa culpa, miedo, vergüenza y una enorme dificultad para confiar".

Ahora tiene una relación feliz y sana con su pareja, Paul. «Nos llevó muchos años», admite. «Las relaciones siempre han sido difíciles: confiar en la gente y todo eso. Todos los que dejamos el Opus Dei diríamos que se aprovecharon de

nosotros al dejarlo, por diferentes personas. Pero cometí errores. Tuve que aprender. Si alguien era amable conmigo, no entendía cosas como la confidencialidad y la lealtad. Lo aprendí todo a las malas».

Tras completar su Leaving Cert, Allen cursó todos los cursos posibles, desde recepcionista hasta mecanografía, y finalmente se incorporó al Servicio Penitenciario Irlandés, donde trabajó como funcionaria de prisiones durante 30 años. Posteriormente, cursó una licenciatura y un máster. Actualmente trabaja como coach ejecutiva.

Actualmente, hay 200.000 exmiembros del Opus Dei en todo el mundo. Allen mantiene contacto con varios de ellos. El sitio web Opus Libros contiene testimonios de unos 2.000 de estos exmiembros. Allen afirma que el Opus Dei sigue reclutando numerarios activamente y que actualmente cuenta con unos 4.000 en todo el mundo. Allen cree que ahora hay entre 15 y 20 numerarios auxiliares en Irlanda. Quiere que la organización suprima el grado de numerario auxiliar.

“El mundo necesita saber que muchos de nosotros sufrimos abusos de esa manera”, dice. “Queremos justicia. Muchos nos quedamos sin pensión, sin recursos económicos, sin ninguna formación al dejar el Opus Dei. Cientos, si no miles, quedamos traumatizados y devastados al marcharnos”.

La revista Weekend Magazine solicitó al Opus Dei que respondiera a los detalles de la historia de Allen. En un comunicado, declaró: «El Opus Dei continúa profundamente entristecido por el relato de Anne Marie sobre su época como miembro en la década de 1970 y principios de la de 1980. Si bien existen discrepancias significativas entre su descripción de sus experiencias y las de otros miembros en ese momento, resulta, no obstante, muy doloroso que haya sufrido tal angustia».

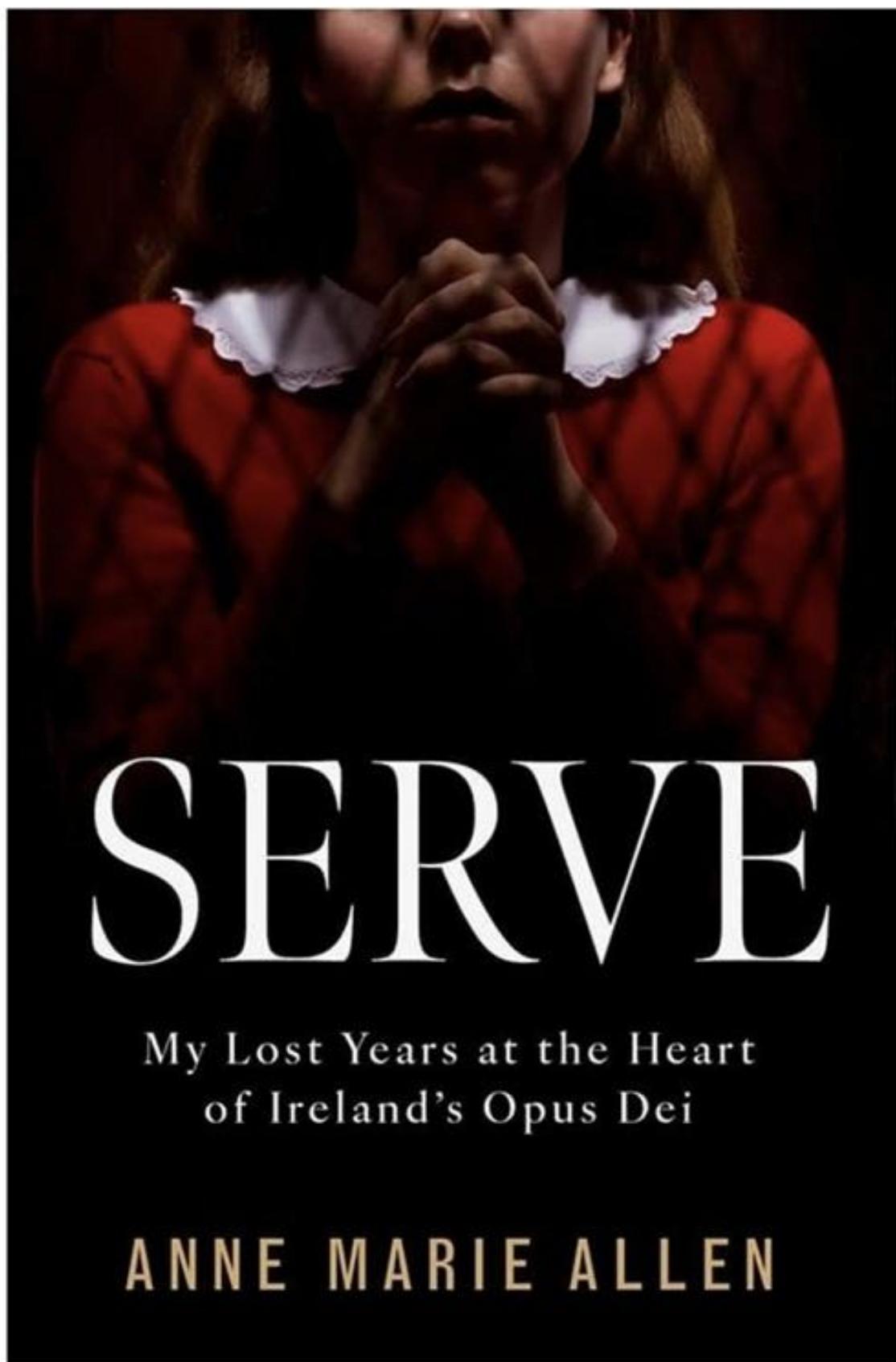
El espíritu del Opus Dei es hacer el bien e imitar a Jesucristo en nuestra vida diaria. Nada más lejos de nuestras intenciones que causar daño a los demás, especialmente a quienes forman o han formado parte de la Obra. Si se ha sufrido daño, lo lamentamos profundamente.

Las críticas de antiguos miembros han impulsado la reflexión institucional, lo que ha dado lugar a mejoras y cambios en nuestra forma de actuar. Hemos escuchado y aprendido. También hemos pedido disculpas y pedido perdón a quienes nos dicen que han sufrido. Sin embargo, presentar al Opus Dei como una organización con malas intenciones es totalmente erróneo. Esperamos sinceramente que Anne Marie encuentre la fuerza para dialogar directamente con nosotros, para que podamos lograr una reconciliación duradera. Cualquier persona que desee presentar una queja puede hacerlo en listening.ie@opusdei.org.

Le pregunto a Allen si escribir este libro la ha ayudado a procesar algunas de estas experiencias de sus años de juventud.

No creo que nunca lo comprenda del todo. Y les diré una cosa: nunca los perdonaré. Creo que tenemos la responsabilidad de informar a la gente sobre esto, dice.

Creo que tenemos la responsabilidad de ir a la iglesia y a este nuevo Papa y decirles: 'Esto tiene que parar. El reclutamiento y la persecución de menores tiene que parar'. No creo que jamás llegue a comprender del todo que éramos niños cuando me dieron un látigo y me dijeron: 'Haz todo esto'.



'Servir: Mis años perdidos en el corazón del Opus Dei de Irlanda', de Anne Marie Allen, es publicado por Gill Books.

Texto original publicado en ingles en The Independent